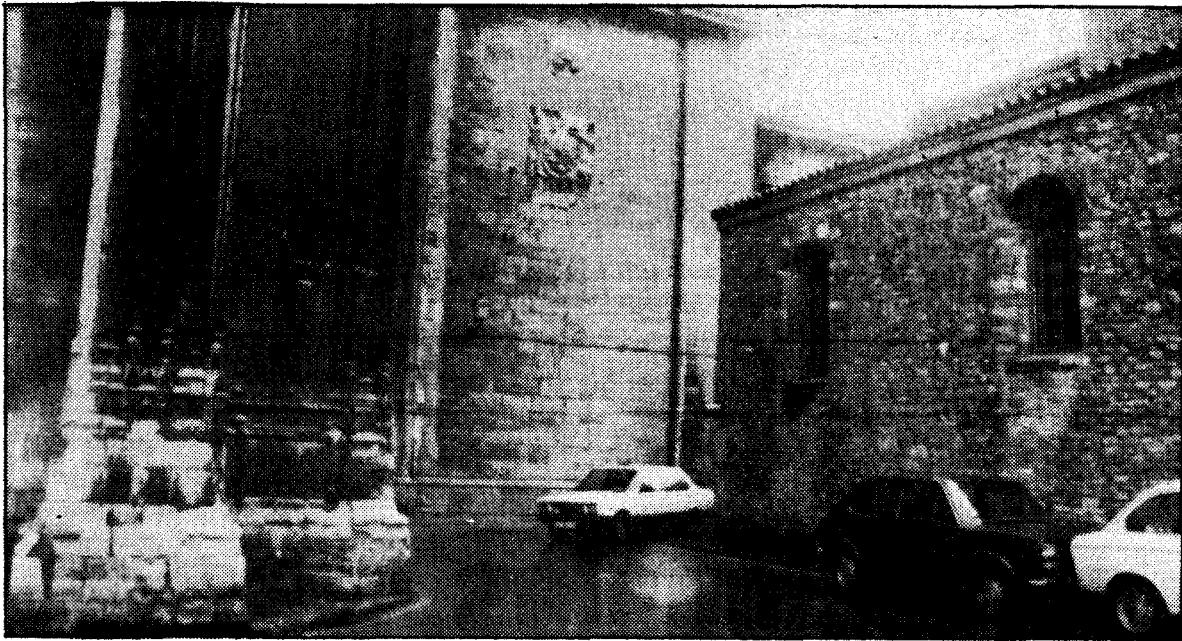


Oviedo, las cuatro esquinas

San Tirso y la Catedral, los Alamos y el Escorialín, Palacio Valdés y el Café de Alfonso, y el Arco de los Zapatos



San Tirso y la Catedral



Los Alamos y el Escorialín



Palacio Valdés y el Café de Alfonso



El Arco de los Zapatos

YA he recordado en otra ocasión las reflexiones melancólicas de Ana Ozores, «La Regenta», que había descubierto cómo en general los vetustenses se resignaban sin gran esfuerzo con aquella vida submarina, que duraba gran parte del otoño, lo más del invierno y casi toda la primavera...

Clarín, tan actual, adereza el relato con alusiones frecuentes al agua como elemento esencial en la convivencia vetustense-ovetense. Bueno, pues sigue lloviendo y que dure.

Me he entretenido en pasear sintiendo la lluvia suave, peregrina y eficaz, pero si uno se distrae puede convertirse en depositario de la gripe o la lumbalgia

En Oviedo se pueden contabilizar cuatro, cuarenta, cuatrocientas y hasta cuatro mil esquinas. Habrá que preguntárselo al ordenador. Esquinas grises, brumosas, organizadas a base de muros pretenciosos, endebles, modernos o con cientos de años entre piedra y piedra o pecho y espalda.

Hay una esquina que, por una de sus orillas, está limitada por el muro de San Tirso, la iglesia, con la Catedral, de más rancio abolengo y a la que don Feliciano Redondo ha reivindicado inteligentemente, arquitectónica y arqueológicamente.

La impresionante envergadura de la Catedral se reclina hacia San Tirso con ternura porque es su vecina de siglos y conoce su fidelidad. La protege y cuida. Si se para usted en la esquina —porque llueve— perci-

birá el susurro del agua y de vez en cuando le despierta la advertencia del coche que aparece a la vuelta, alejándose de la ciudad vieja, desvencijada, en busca de la nueva y más o menos caótica y ruidosa. La lluvia amortigua los pasos y el silencio se quiebra sólo cuando los chiquillos aparecen súbitamente y dando gritos.

A mí me parece que esta esquina es muy importante porque es fácil imaginar que se adentra uno en la otra ciudad. No digo que sea la frontera entre Oviedo y Vetusta, pero casi. Al doblar la esquina se puede admirar el ábside de San Tirso que se remonta al siglo VIII, insertado en la pared, deslumbrante, seguir, y, con un poco de suerte, darse de narices con el Magistral o doña Petronila Rianzares, aquella lagartona, el Gran Constantino, a la que Clarín atribuyó la responsabilidad de lo que yo llamo la Gran Celestina... O con don Santos Barinaga o don Pompeyo. Pero eso son imaginaciones porque lo más seguro es que uno descubra a un señor muy serio haciendo aguas menores o a un joven que solicita ayuda para comer... Se rompe el encanto entre ese pasado literario o literaturizado y la realidad. Y es que, como también confesaba Ana, «La Regenta», compungidamente: «No estaba en Vetusta, no podía estar en aquel pobre rincón de la realidad del sueño, el héroe del poema...».

Y es que se despierta a la realidad del sueño cuando se oye al mozo con el cuello de chaqueta intentando protegerse que le dice a su amigo:

—Esto es la leche, ya podía parar de llover...

EN las viejas postales se podía admirar un olmo gigantesco en la esquina del paseo de los Alamos con la calle de marqués de Santa Cruz, aquel eminente estratega del siglo XVIII, que puede calificarse como uno de los grandes astures de todos los tiempos. A poca distancia funcionó el cine Fandiño, con Antón de la Madre de anfitrión donde se proyectaban películas comentadas y musicalizadas. El paseo umbrío y húmedo. Ya había desaparecido la iglesia y convento de San Francisco y a comienzos de siglo nacía el Palacio de la Diputación, hoy sede del Gobierno del Principado, al que se administran obras de reparación en la cresta.

Es una esquina que dispone de un representante famoso: el Escorialín. Tardaron tanto las obras en ser concluidas que la gente le buscó el apelativo: Escorialín. Con los aparatos para saber la humedad, el riesgo de catarros, la temperatura... El Escorialín para franquear una carta, comparar un periódico o una flor. Hoy uno de sus compartimentos espera cliente. En el semáforo, cuando se viste de verde, chifla intermitentemente. No siempre se respeta lo que apunta el semáforo porque el personal experimenta inclinación irresistible a la vulneración de las leyes...

Los coches suben y bajan y las mujeres, los hombres y los niños se miran, saludan o nada. Los niños se colocan en el ventilador del aparcamiento y disfrutan sintiéndose transportados a los cielos.

Es una esquina batida. La calle del marqués de Santa Cruz es hermosa y la acera corres-

pondiente al Campo de San Francisco, aunque éste haya sufrido tantas pérdidas, reconfortante.

Y como gozne, el Escorialín. No conocí el olmo gigantesco de la esquina ni vi películas en el Fandiño, pero me consuelo con el olmo enfermo del Reconquista, que ahí sigue erguido y heroico, muriéndose de pie con asombrosa dignidad vegetal.

Es hermosa esquina, una de las cuatro, cuarenta, cuatrocientas o cuatro mil que se pueden contabilizar en Vetusta.

Más arriba se trabaja en la adaptación del antiguo Banco de España para sede de los servicios del Gobierno. En aquel Banco de España trabajaba un amigo inolvidable que se llamaba Manuel Martín.

Don José Tartiere sentado, en bronce, recuerda aquellos tiempos en que Asturias era un paraíso para la inversión, el esfuerzo, la empresa y el trabajo.

HE aquí la esquina por la que hace años, cuando se pasaba por sus proximidades, se podían descubrir dos cosas significativas: la chocolatería o transformador de la luz y el olor fascinante de los quesos de la tienda de Adolfo. Con la ferretería Las Dueñas como referencia importante. Un rincón que ahora, con el Café de Alfonso y la perfumería Scar, ha ganado mucho pues en un momento en el que se decidió la gente por identificar los establecimientos del ramo con nombres ultramarinos y rimbombantes, Alfonso, un profesional ejemplar, dijo: El Café de Alfonso y dio en el clavo...

Ahí —en ese rincón— vivió muchos años una de las casas a

la que no pocos ovetenses visitaron y en la que cantaron más que en la propia: Casa el Ferreru, de la sidra fresca y la cordialidad, de la participación y yo digo exponente excepcional de la democracia militante, no en vano allí convivieron sin reservas de ninguna clase representantes de todas las clases sociales, o edades y procedencias.

Ha llegado el tiempo en el que el agua brilla en el suelo y los canalones, algunos malheridos, hacen gárgaras. Si acerca el oído oyes la música del agua descendiendo a trompicones.

La terraza del Café de Alfonso es de las más solicitadas de la ciudad en el verano y el pasado, espléndido, anduvo a tope. Tertulias, silencios, niños, patatas fritas y digresiones a veces complicadísimas en el fondo y la forma referidas a los más delicados asuntos humanos y divinos, con frecuentes incursiones en el relato humorístico del pasado o del día. Es terraza propicia para el hablar, la tertulia, digo, precisamente en un momento en el que por razones sociológicas, económicas, de tiempo y espacio, la tertulia se desvanece en la noche...

El Café de Alfonso, al que se puede desembocar sin esfuerzo. Es una plaza recoleta y pulcra, un buen sitio para dar permiso a los agobios, prisas y problemáticas...

El Arco de los Zapatos es tan famoso como el arco de Guillermo Tell. Está, ya lo saben, en todo el mundo, en la calle del Fierro, en la plaza del Fontán, tan primorosamente estudiada por Germán Ramallo y tantas veces pintada y poetizada y novelada por los peritos de la paleta y la palabra, entre ellos, su universalizador, Ramón

Pérez de Ayala, que la hizo escenario de la aventura de Tigre Juan.

La plaza del Fontán después de un tiempo de esplendor a partir del siglo XVIII ha padecido las penurias del desarrollo de la ciudad, ya urgida a practicar el toma y daca del pescado, la carne, el postre, más allá de los recintos porticados o libres.

La carne gobernada de Casa Amparo sabe a gloria y el vino de las tascas, también.

La noble fachada del Palacio del duque del parque, del marqués de San Feliz, infunde respeto. Es el señor que tiene doce apóstoles pintados por el Greco...

El Fontán, la plaza, fue remocicada hace no mucho tiempo y ya exhibe deterioros importantes. Y dos fuentes, cosa más o menos heterodoxa. Allí estuvo el Cañu del Fontán, donde cuenta la leyenda, en prosa y verso —Manuel de Tapia— que se aconsejaba beber a los fantasmas y engeñados. Había que agacharse...

El Arco es una esquina famosa. El Fontán, sin embargo, pide a gritos la restauración, recuperación urbanística y arquitectónica porque se puede hablar de hace siglos y del teatro Fontana y la Casa de las Comedias y de la futura Casa de la Cultura o Biblioteca pública, pero ahora mismo... es poco más que reposo para tender la ropa y pasear, tomar una pinta, ver, quizá en demasía, a grupos de jóvenes sin ganas de ir a ninguna parte, solos... Legendaria plaza a la que Jovellanos hizo el honor de sus piropos...

Y en ella el Arco de los Zapatos, haciendo esquina con uno de los pedigris más importantes de la ciudad.